



La obra
Vasconcelista
y la educación musical
en México

BETTY ZANOLLI FABILA

El esplendor cultural alcanzado en el segundo cuarto del siglo xx, especialmente vinculado con el sentir nacionalista, tuvo en José Vasconcelos a uno de sus principales inspiradores y promotores, cuya magna obra en gran medida pudo ser materializada por haber ocupado dos de los altos cargos del sistema educativo nacional: primero como rector de la Universidad Nacional de México y después como primer Secretario de Educación Pública.

Él mismo se reconocía heredero del concepto que sobre educación artística había desarrollado en la URSS su primer comisionado de educación en bellas artes, Anatoli Lunacharsky, para quien el artista era un ser “que expresa emociones y sentimientos surgidos de su formación psicológica particular, dentro de una clase social determinada y en un medio socioeconómico específico”.¹ El creer por tanto en un “arte por el arte” no era sino una evasión de los problemas sociales inherente a la concepción burguesa del fenómeno artístico. Por tanto, consideraba que “el futuro del arte residía en la clase trabajadora y su función era expresar los sentimientos y aspiraciones de esa clase: representar la lucha de clases, definirla y pintar una visión del futuro que los hombres anhelan”.² Tales planteamientos le llevaban a concluir que la educación artística podría ser indudablemente la mejor vía para la elevación del nivel cultural de las clases proletarias que, al permitirles crear arte, estarían facultadas para integrar una nueva sociedad. Por ello consideraba Lunacharsky que no sólo las masas,

sino también los artistas requerían educación. Sin embargo, la diferencia que mostraba el pensamiento vasconcelista con respecto al del soviético era que para el primero, el arte sí podía darse por el arte mismo y no exclusivamente por cuestiones utilitarias. El arte era el camino hacia la estética, y por tanto, para que “México llegara a ser el líder de las hermanas repúblicas latinoamericanas en este estadio de la historia, sería menester que el Estado apoyara a los artistas”³, aspecto que evidentemente presagiaba el giro hacia la nacionalización y socialización del arte que caracterizó la manera de dirigir la política de educación artística en las siguientes dos décadas.

Fue así como durante los meses que ocupó la rectoría de la Universidad Nacional, Vasconcelos dio un impulso sin precedente a la educación en todas sus manifestaciones; entre otros programas, por ejemplo, implantó una magna campaña contra el analfabetismo. Con ésta pretendía formar un cuerpo de profesores honorarios de educación elemental que hubieran cursado como mínimo el tercer año de primaria y que de modo voluntario y gratuito desearan dedicarse a enseñar la lectura y la escritura, lo que les permitiría obtener un diploma otorgado por la Universidad que les acreditaría como profesor numerario de educación elemental. Su idea era extender la educación a todo el pueblo, hasta en los más lejanos rincones del país. No en balde él mismo refería: “en estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo”.⁴ Y a tal grado así lo reconoció que, a propuesta del propio compositor Julián Carrillo –entonces director de la Escuela Nacional de Música y Arte Teatral, como en esos años era denominado el Conservatorio Nacional de Música–, entre ambos dieron a conocer una convocatoria para fomentar el sentir nacionalista en la sociedad, la cual giró en torno a la producción de libretos operísticos sobre temas mexicanos de la historia, leyenda, mitología o costumbres

nacionales. Al mismo tiempo, se organizó un acto masivo para celebrar el CX Aniversario de la Independencia, en el cual tomaron parte 15,000 niños que entonaron el Himno Nacional con acompañamiento de 3 bandas de 600 ejecutantes, todos bajo la dirección de Julián Carrillo.⁵

Otro de los programas prioritarios que puso en marcha Vasconcelos fue el del fomento a la lectura. En ese sentido, se sirvió del hecho de que la Universidad tenía “como finalidad ayudar a conformar y reformar las colecciones de bibliotecas de gremios, sociedades obreras, estudiantiles, prisiones, bibliotecas escolares, agrupaciones de campesinos, sindicatos, dependencias oficiales, etcétera, por considerarlos como útiles medios de propagación de la cultura entre las masas populares”⁶; motivo por el cual dispuso iniciar la magna tarea de dis-



Castañeda

tribuir libros a los distintos sectores de la sociedad mexicana, lo que contempló también el apoyo respectivo para el desarrollo de las bibliotecas universitarias, entre las cuales se consideró a la Biblioteca de la Escuela Nacional de Música.

Meses después, a partir de que tomó posesión como primer titular de la Secretaría de Educación Pública en octubre de 1921, planteó la necesidad de realizar reformas constitucionales que ofrecieran una educación que pudiera “salvar a los niños, educar a los jóvenes, redimir a los indios, ilustrar a todos y difundir como cultura generosa y enaltecedora, ya no de una casta, sino de todos los hombres”.⁷ En tal sentido, se dio a la tarea de estructurar a la Secretaría -con base en el decreto antes citado- en tres grandes departamentos técnicos: el *Escolar*, el de *Bibliotecas y Archivos* y el de las *Bellas Artes*; dos departamentos auxiliares: el de cultura indígena y de campaña contra la analfabetización y uno general.⁸

El primero, fue autorizado para impartir educación e instrucción y en menos de un año pudo lograr establecer más de 1,100 escuelas y casi 700 bibliotecas, para las cuales se contrataron dos millares y medio de profesores. Al segundo se le encargó la creación de un sistema nacional de bibliotecas, y al de Bellas Artes, tener a su cargo el desarrollo y fomento en todo el país justamente de las bellas artes, ya fuera mediante conferencias, conciertos, representaciones teatrales, audiciones musicales o eventos de cualquier otro género. Esta reestructuración administrativa, implicó que mientras la Universidad Nacional quedaba inserta dentro del Departamento Escolar, la Escuela Nacional de Música y Arte Teatral era absorbida por el de Bellas Artes, escuela que a finales de 1922 habría de recobrar, a petición de Carrillo y con la autorización de Vasconcelos, el nombre de Conservatorio Nacional de Música.

Desde la época de Huerta se había dispuesto que los maestros de primaria enseñaran a los niños arte y músi-

ca pero Vasconcelos suprimió de golpe dicha práctica al establecer que lo hicieran sólo maestros especializados en música, como ocurría en otros dominios del arte. Ello, no obstante las reticencias que al respecto externaron principalmente diversos artistas plásticos, a lo cual Vasconcelos había respondido que prefería las matemáticas a la metodología y cualquier otra ciencia a todas las metodologías del mundo. Fue así como a partir de entonces impulsó, a la usanza de la Grecia clásica, la celebración de festivales públicos al aire libre en los que se interpretaran canciones y ejecutaran danzas que de preferencia fueran de procedencia mexicana⁹, aspecto que constituiría un impulso determinante para la adopción del sentir nacionalista en el ámbito musical, cuya expresión artística plástica encontró su contraparte en el movimiento muralista, igualmente protegido por Vasconcelos.

Referir lo concerniente a esta “cruzada nacional en pro de la música autóctona” es particularmente notable dentro de la historia de la institución conservatoriana, ya que en tales festivales, además de haber figurado de manera sobresaliente la obra nacionalista del compositor mexicano Manuel María Ponce, se fomentó una intensa y comprometida participación de maestros y alumnos para extender los beneficios musicales a los distintos sectores de la sociedad, a la par de la relevante labor artística desarrollada por la Orquesta Sinfónica Nacional y demás grupos afiliados a la escuela¹⁰, lo que permitió que en tales festividades, además de promoverse el rescate del repertorio regional a sugerencia de Vasconcelos, se difundiera también todo tipo de obras del repertorio musical universal.¹¹

Por último, caben considerarse dos aportaciones más realizadas por Vasconcelos a la música. Por un lado, al tiempo que pretendió que todos los conciertos clásicos fueran gratuitos, no escatimó recursos financieros que pudieran apoyar a los compositores nacionalistas de

su momento. Por otro, gracias a su magna y social visión cultural, logró que la música ocupara un lugar destacado dentro del plan de estudios de la educación básica y media superior. A él por ejemplo, la Escuela Nacional Preparatoria durante su Rectorado, debe el haber incluido en el Plan de Estudios de 1920 como un área específica dentro de las asignaturas entonces contempladas para el bachillerato, la de “Artes Musicales”, lo que hizo que por primera vez en la historia de la Preparatoria y de toda la educación media superior en nuestro país, la música tuviera una clara cabida en sus planes de estudio.¹²

Gracias a este impulso cultural sin parangón, la obra de los más destacados compositores nacionalistas como Ponce, Silvestre Revueltas y muy especialmente de Carlos Chávez pudo inscribirse dentro del sendero que auguró el desarrollo de un movimiento en pro del sentir nacionalista nunca antes visto en el ámbito musical, por el que, además, la estructuración misma de los estudios profesionales fueron nutridos con nuevas materias y, principalmente, contenidos programáticos tendientes a fortalecer, a partir de entonces y por buen tiempo, el conocimiento sobre la riqueza folklórica musical y cultural en general de México. ■

¹ Meneses Morales, Ernesto. *Tendencias Educativas Oficiales en México 1911-1934*, Centro de Estudios Educativos, México, 1986, p. 331.

² *Ibidem*, pp., 331-332.

³ *Ibidem*, pp. 333.

⁴ Stamet de Walerstein, L. *op.cit.*, p. 73.

⁵ Meneses Morales, E. *op.cit.*, p. 312.

⁶ Stamet de Walerstein, L. *op.cit.*, p. 84.

⁷ *Boletín de la Universidad*, México, vol. 1, no. 2, 1920, p. 132.

⁸ AHSEP, BIP, México, 1922-1923.

⁹ Meneses Morales, E. *op.cit.*, p. 343.

¹⁰ Estos festivales, además de difundir obras clásicas universales, promovieron por sugerencia de Vasconcelos, el rescate del repertorio musical regional.

¹¹ AHSEP, BIP, México, 1923, 1, no.3, septiembre, pp. 330-394. En ese sentido, puede recordarse la celebración con motivo del nacimiento de Beethoven que tuvo lugar en el patio de la SEP, en el que se presentó la Novena Sinfonía de dicho compositor a cargo de una masa coral de 500 voces ante un público que sobrepasó los 4,500 asistentes. AHSEP, BIP, México, 1923, 2, nos. 5 y 6, p. 393.

¹² Zanolli Fabila, B.L. *La Orquesta de Cámara de la Escuela Nacional Preparatoria (1972-1992)*. México, CNM, 1993, p. 133. “Plan de Estudios de la Escuela Nacional Preparatoria”, aprobado por el Consejo Universitario, México, Universidad Nacional, 1920, p. 7 CESU, ENP, caja 9.